

mayores santos no se tenían por seguros en el desierto; los mismos sagrados apóstoles se juzgaban obligados á juntar una continua oracion con una perpetua vigilancia; los héroes de la religion no hallaban seguridad sino en la fuga: ¡y unos hombres, por decirlo así, llagados de piés á cabeza, debilitados, ya medio vencidos á fuerza de tantas recaídas, se meten á sangre fria y con plena deliberacion en las mas peligrosas ocasiones! ¿Ignoramos por ventura que llevamos en nosotros mismos el tentador mas halagüeño, y por lo mismo el mas peligroso? ¡Oh, que no ha menester mas incentivos el cebo natural de nuestra concupiscencia! A la verdad, en vano se valdria el demonio de este enemigo doméstico, con el cual está siempre de inteligencia para engañarnos, si nosotros no nos pusiéramos tambien de su parte para nuestra ruina. Ni uno ni otro nos haria daño si no quisiéramos nosotros; su victoria depende de nuestro consentimiento, y este consentimiento en nuestra mano está negarle ó concederle. No hay que ponderar en demasia nuestra propension á lo malo, nuestra natural flaqueza; la gracia del Redentor, que nunca nos falta, siempre nos da fuerzas para vencer. En esta guerra ninguno es vencido sino por culpa suya. Quien se mete voluntariamente en el peligro, ¿será maravilla que quede vencido? ¿y no sería milagro que no lo quedase? ¡Qué error, qué locura no ver, no conocer que toda nuestra virtud, toda nuestra fuerza, todo nuestro aliento y todo otro cualquiera don viene únicamente de nuestro Salvador, de nuestro amoroso Padre! Pero ¡qué consuelo, qué perenne, qué inagotable manantial de confianza saber que este dulce Salvador, que este buen Padre no está sujeto á mudanzas! Su ternura no padece menguantes, su amor está exento de vicisitudes: *Apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio*; Jesucristo ayer

y hoy, siempre benéfico, siempre lleno de misericordia; y si Dios tiene tanta bondad para conmigo, dice san Bernardo, en el mismo tiempo en que huyo de él, en el mismo tiempo en que le ofendo; ¿qué hará cuando le busco, cuando hago todo lo que puedo por agradarle, cuando le sirvo con fidelidad?

*El evangelio es del cap. 14 de san Lucas, y el mismo que el día 1, pág. 33.*

### MEDITACION.

#### DEL FIN DEL HOMBRE.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera que no estamos en el mundo por casualidad; algun fin se propuso Dios cuando nos crió, y este fin no fué otro que para conocerle, para amarle y para servirle. Glorificamos á Dios conociéndole y amándole; damos testimonio de nuestro amor sirviéndole, y le servimos guardando sus mandamientos. Bien pudo Dios no criarnos; pero no pudo criarnos para otro fin.

El desorden de las costumbres puede hacernos olvidar nuestro deber; pero nunca podrá mudar nuestro último fin. Por muy desarreglados que seamos, siempre será verdad que no estamos en el mundo para amontonar riquezas, para adquirir honras, para gozar de los placeres, para hacer una grande fortuna; solo estamos en él para servir á Dios, para amarle y para glorificarle con nuestro amor.

Los reyes y los vasallos, los ricos y los pobres, los mozos y los viejos no están en este mundo para otro fin. Que los hombres sean de diferente condicion; que haya subordinacion entre ellos; que unos nazcan señores y otros vasallo, todos nacieron para un mismo fin postrero; y todos convienen en este punto capital,

es á saber, que todos fueron criados para conocer á Dios, para amarle y para servirle.

Que se pase la vida sin considerar para qué fin se ha vivido en este mundo, que se muera uno sin haber pensado jamás en esto: siempre subsiste esta verdad en todos sus principios y en todas sus consecuencias; y siempre es verdad que aquel libertino, aquel disoluto que vive como si no estuviera en el mundo mas que para dar todo gusto á su apetito; aquella persona mundana, que tiene tan poca religion; aquel hombre del siglo empleado únicamente en hacer su fortuna; siempre es invariablemente verdad que todos estos no están en la tierra sino para amar á Dios, para servirle, para agradarle. No fué mas criado el fuego para calentar, ni el sol para alumbrar, que lo fué el hombre para servir á Dios, y para glorificarle. ¿Qué de reflexiones nacen de esta verdad! Pero ¿qué de remordimientos, qué de justos sobresaltos nacen de estas reflexiones!

Pero esta verdad fundamental de nuestra Religion, esta base sobre la cual se levanta toda ella, ¿subsiste del mismo modo en tiempo de carnaval que en cualquiera otro tiempo del año? ¿Será posible que en estos dias de alegría y de libertad, en esta risueña estacion de diversiones tan poco cristianas, no hay cristiano alguno que no esté severamente obligado á amar á Dios, á servir á Dios, á glorificar á Dios, ni mas ni menos que en tiempo de penitencia? Pero si esto es así, ¿qué será de aquellos cristianos que claman tan furiosamente contra esta evangélica doctrina? ¿Viven estos segun el fin para el cual están en este mundo? Y ¿cuál será el término de una carrera que se desvia tanto de nuestro último fin?

## PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay verdad en el cristianismo que mas presto se aprenda que la del fin del hombre, pero tampoco la hay en que menos se piense, ni que haga menos impresion aun cuando en ella se piense. Puede ser que acaso no hayamos jamás penetrado bien su sentido, ni mucho menos sus consecuencias. Porque si es verdad que no estoy en este mundo sino para servir á Dios, no debiera haber ni una accion en mi vida que no se refiriese á Dios: y acaso, acaso no se encontrará en toda ella una sola hecha únicamente por Dios.

Al consultar solamente nuestras costumbres, nuestras máximas, nuestra conducta, ¿se diria que sea Dios nuestro último fin? Cada cual va á sus fines, así es; pero si Dios no es este fin, ¿cuál será nuestro término? Cada uno va á sus fines; ¿pero á qué fines? Es tal conveniencia, tal empleo, tal ganancia, tal diversion, y muchas veces tal pecado; es el objeto de mi concupiscencia, de mi ambicion, de mi pasion dominante: hé aquí por lo comun cual suele ser el fin de aquellas negociaciones, de aquellos desvelos, de aquellos pasos, de aquella vida penosa, laboriosa, inquieta y tumultuosa de tantas personas; y en esos trabajos, en esa aplicacion, en ese estudio ingrato y lleno de afan ¿se mira muchas veces al Señor? ¿se consulta su divina ley? ¿se toman medidas justas para el fin último? Ciertamente en la mayor parte de las empresas, de los grandes negocios del mundo, á Dios se le cuenta por nada, no se hace caso alguno de su Majestad.

¿Búscase por ventura á Dios en esas profanas diversiones, en ese juego continuo, en esas juntas, en esas concurrencias donde la vanidad echa el resto de toda su pomposa ostentacion? ¿Búscase á Dios en esos

proyectos ambiciosos, en esos soberbios equipajes, en esos espléndidos convites? ¿Búscase á Dios en esas devociones de ruido, de aparato y de preferencia. Cuando la vanidad, cuando el amor propio se habrán apropiado lo que les pertenece en nuestras obras, ¿encontrará Dios indemnes sus derechos en lo que restare?

¿Es posible que llegue á tanto punto nuestro atolondramiento, que estemos viendo á sangre fria nuestros descaminos, y que nos estemos complaciendo en ellos? No estoy en este mundo sino para conocer, amar y servir á Dios; ¿pero conozco bien á ese gran Dios, cuya santa ley estoy violando, y cuyas sagradas máximas tanto tiempo ha que desprecio? ¿Le amo á ese gran Dios á quien estoy ofendiendo sin reparo, á quien estoy desagradando sin remordimiento, y á quien mi mala conducta está continuamente deshonorando? ¿Le sirvo á ese gran Dios, cuando no reconozco otro amo ni otro dueño que al mundo y á mis pasiones?

*Hombres ingratos*, exclama el profeta, ¿no sois bastante felices en que os haya tocado la suerte de servir á Dios, y de tenerle por vuestro último fin? ¿Pues por qué os quereis repartir entre Dios y el mundo? ¿Qué concluir de este discurso, y cuál será el efecto de las terribles acusaciones que me está haciendo mi conciencia?

¿Qué, mi Dios, no estaba yo en el mundo mas que para amaros y para serviros, y he pasado, he perdido la mas bella parte de mi vida sin que acaso os haya amado ni os haya servido ocho dias en toda mi vida, y acaso ni un solo dia!

Pero al hacer esta reflexion no tengo aliento para hablar palabra; callo, Dios mio, callo cubierto de confusion, y apelo únicamente á las voces de mi corazon. He vivido, he envejecido perpetuamente descaminado; pero vos, Señor, que os dignasteis ir

en busca de la oveja perdida y descarriada, no desearéis á la que por vuestra gracia viene á gemir á vuestros piés, y protesta que ya no quiere servir á otro sino á vos.

#### JACULATORIAS.

*Notum fac mihi finem meum : ut sciam quid desit mihi.*  
Salm. 38.

Dame, Señor, á conocer mi último fin, para que en adelante trabaje mejor de lo que he hecho hasta aquí.

*Tuus sum ego.* Salm. 118.

Vuestro soy, Dios mio, por tantos títulos y motivos; y no quiero vivir para otro que para vos.

#### PROPOSITOS.

1. El fruto del árbol pertenece á su dueño. Nosotros somos de Dios por muchos títulos; así pues, ninguna accion nuestra debe dejar de ser suya. Todas las que se hacen con otro fin son sin mérito; ¿pues cuántas acciones debo contar por perdidas para la eternidad? Interésanos mucho el evitar esta pérdida; no hagas cosa que no sea con intencion de agradar á Dios; busca en todo su mayor gloria, y encontrarás la tuya sin buscarla, porque nuestros intereses son inseparables de los suyos. Mas, por quanto en esta concurrencia de motivos es muy fácil engañarnos, pues no pocas veces nos buscamos á nosotros mismos, aun cuando nos lisonjemos de buscar únicamente la mayor gloria de Dios, además de las advertencias que se hicieron sobre este punto el dia precedente, convendrá mucho tener presentes las reglas que se siguen.

2. La caridad, dice el apóstol, es paciente, está llena de bondad, y no es celosa. Todo celo inquieto, agrio y amargo, todo celo acompañado de una secreta envidia es falso, ó á lo menos muy sospechoso.

El carácter del verdadero celo, es decir, del que tiene á Dios por primer móvil, es curar las llagas con aceite y con vino, como aquel caritativo samaritano; es corregir las faltas con suavidad, esperando el efecto de los remedios con paciencia; es alegrarse verdaderamente del fruto y del aplauso que logran los trabajos de los otros. Esa maligna tristeza que se siente cuando se ve que otros trabajan con mas aplauso y con mas fruto que nosotros, es señal clara de que en nuestras buenas obras buscamos alguna otra cosa que no es Dios. Si tienes una emulacion amarga y un genio contencioso, dice el apóstol Santiago (1), no creas que estás muy adelantado; porque ese género de prudencia no viene de lo alto; es una prudencia terrestre, animal y diabólica. Donde hay emulacion, donde hay envidia, hay desorden y todas las acciones perversas. ¿Tienes hijos que corregir, súbditos ó criados que reprender? pues guárdate bien de hacerlo con altivez, con arrebatamiento, con cólera ni con acrimonia; la caridad es dulce, y jamás se encoleriza. Tambien es señal de que el fin es derecho y la intencion recta, cuando se trabaja sin inquietud, sin turbacion, sin atropellamiento. Cuando con igual aplicacion, con igual celo se trabaja en secreto como en público, en la ocupacion humilde como en la brillante, en una triste aldea como en las mayores ciudades, en favor de los pobres como en el de los ricos, á los ojos del mundo como sin testigos; si se trabaja como si no hubiera en el mundo mas que Dios y el que trabaja, y si se complace uno en que los demás trabajen aun mucho mas que él; si no nos inquietamos cuando nos interrumpen el trabajo; y si se procuran desempeñar las menores obligaciones con tanto cuidado y con tanto ardor como las mayores. Sobre todo aquellas personas religiosas que desprecian la obser-

(1) Capítulo 3.

vancia de las reglas menudas con pretexto de que son menudencias, estén ciertas que no buscan puramente á Dios en el cumplimiento de las de mayor importancia. Cuando solo se desea dar gusto al amo á quien se sirve, se hace igualmente bien todo lo que quiere.

## DIA DIEZ Y NUEVE.

### SAN GABINO, PRESBITERO Y MÁRTIR.

El Martirologio romano anuncia en este dia el glorioso nacimiento al cielo de san Gabino, presbitero y mártir, hermano de san Cayo papa. Despues de haber estado largo tiempo en la cárcel y con duras prisiones este generoso confesor de Cristo, por orden del emperador Diocleciano, adquirió los gozos del paraíso por medio de una muerte muy preciosa.

Fué san Gabino originario de Dalmacia, pariente del emperador Diocleciano, hermano del papa san Cayo, y padre de santa Susana, aquella que fué inmortal honor de las vírgenes romanas, que prefirió la dicha de ser esposa de Jesucristo á la gloria de ser emperatriz, y derramó su sangre y dió su vida por la fe. No se sabe con que ocasion vinieron á vivir á Roma san Gabino y san Cayo. Puede ser que la fortuna de Diocleciano, que habia ascendido por todos los grados de la milicia hasta los supremos empleos del ejército, trajese á su parentela á la capital del universo, corte ordinaria de los emperadores; pero es mas probable que los dos héroes cristianos pasasen á Roma puramente por motivo de religion, para vivir en una ciudad que era el centro de la fe, y donde triunfaba la Iglesia en medio de las mas crueles persecuciones,